

Hasta la misma cristiana ejemplar vida es incompleta en lo que atañe á las necesidades terrenas; la misma religión te remite al médico en aquellos casos en que no sólo se trata de salvar el alma por la omisión del mal físico y la comisión del bien moral, sino también de sanar el cuerpo enfermo por actos positivos, físicos y morales que influyan *técnicamente* en la materia.

No dirás, pues, que en este particular, como en todos, no te hablamos con franqueza.

Para la valoración de tus sensaciones, para el régimen de tus apetitos, para llevar acertadamente el libro mayor de tu personalísimo comercio, bien pudiéramos escribir diez ó doce artículos, nuevos, bastante útiles, tachonados de verdades y de conocimiento de mundo, mas no queremos hacer tal.

Con ello nosotros resultaríamos aplaudidos; pero tú contento y engañado.

No busques, pues, ni leas, ni inquieras entre amigos y conocidos.

Para eso ve á tu médico; créenos, no seas tonto, ve á tu médico.

—Entonces, si en definitiva me dices que, para el régimen económico de mis apetitos, tome consejo de mi facultativo, ¿por qué obligarme á leer nada menos que tres artículos acerca del asunto?

—¿Por qué dices? Porque si con esta *preparación* y todo quizás no te dignarás consultarle, ¿nos haces la merced de decirnos qué hubieras hecho sin ella?....

Sexta forma: virtud

I

No vayas á creer, amadisimo hermano nuestro en culpas y flaquezas, que nos aprestamos á echarte aquí una pastoral; nada de eso. No será por cierto la hipocresía el delito de que se nos acuse en el proceso sumario de ultratumba; queda, pues, tranquilo; que no se trata de un sermón, sino de una serie de consideraciones fundamentales acerca de la influencia que la virtud ejerce en nuestra energía orgánica; debiendo, ante todo, reflexionar que no porque la virtud sea objeto de cotidiana predicación evangélica en boca de preladados, misioneros y confesores, no por eso deja de ser tema de profano encarecimiento, precisamente porque las cosas del orden divino son por su esencia muy influyentes en las del orden terreno, mientras que las de éste en nada trascienden á las de aquél. El ser buen mozo, por ejemplo, no ayuda á ganar el cielo; pero el ser sobrio, además de constituir un mérito, ayuda al individuo á subsistir sano, fuerte y dichoso en la tierra.

Este lado terreno, ó lado higiénico de la virtud es el que vamos á mostrarte, supuesta tu venia, advirtiéndote ante todo (para evitarte escrúpulos, según quien fueres, y por si acaso no hubiésemos acertado á explicarnos), que no es nuestro ánimo inculcarte la *Moral utilitaria* sino la *Utilidad de la Moral*; es decir, todo lo contrario.

No hay para qué perdamos tiempo en desentrañar el valor etimológico de la palabra VIRTUD. Sabido es que *vir*, varón, *vis*, *vires*, fuerza, fuerzas, *virtus*, fortaleza, reconocen un radical común, cuyo significado es *poder efectivo*; y así hasta las verduleras se permiten sus escarceos filológicos sobre el particular, cuando se les antoja, por ejemplo, decir «*eso no tiene virtud*», burlándose de persona ó cosa, cuyo *efectivo poder* no corresponde con mucho á sus apariencias.

Tratando, pues, de poner las ideas en su puesto, comencemos por dar á la palabra VIRTUD su significación natural general de *fuerza efectiva*, en lugar de la ascética especial de *aplicación de esa fuerza al servicio de Dios*, y desde luego se echará de ver que la virtud puede tener una aplicación terrena, y dentro de la aplicación terrena un fin higiénico.

Con este primer despejo ya estamos de vuelta á casa, es decir, á la Redacción de esta Revista, donde no se omite diligencia para ser útil á la tuya. Figúrate, pues, que hemos salido á compras, y entremos en materia.

Dos elementos hay en nuestro ser, creados ambos para la paz y armonía, y que nos traen á maltraer las más de las veces en enemistad y guerra con nosotros mismos. Uno de estos elementos es la *sensibilidad*, otro el *sentimiento*; aquélla provocándonos deseos, éste inspirándonos deberes; la primera recomendándonos el *placer*, sea ó no *bueno*; el segundo aconsejándonos el *bien*, séanos ó no *grato*. En ambos casos el sujeto, EL YO de los filósofos superfinos, es quien opta, quien resuelve, quien obra. Entonces, ¿cómo se explica que ese caballero yo ande á la greña tan á menudo consigo mismo? Esto consiste en que el no yo de los modernos pensadores, ó más claro, lo que está fuera de nuestra esencia, es positivamente *doble* y obra en *mutua oposición*; por manera que hay fuera de nosotros algo que nos dice, «¡chico, disfruta y pelillos á la mar!» y otro algo que en muy distinto tono nos repite con voz imperativa: «mortal, tente tieso, anda derecho y pocas bromas.» Es decir, que mientras vivimos se repite constantemente en nuestro interior el célebre terceto final de *Roberto il Diavolo* donde tú, incauto palomo, desempeñas el papel de joven Roberto.

• ¿Y quién hace de Alice? ¿Quién de Bertramo?

En el terreno científico, estos dos personajes son fáciles de recono-

cer. Alice es la idea de Dios, origen del sentimiento del deber; el caballero Bertramo es la Naturaleza, fuente de todo sensual deleite. El mundo ante la ciencia comprende por sí solo á los tres enemigos del alma del catecismo: *mundo* es el mundo, porque lo es; mundo es el *demonio*, en tanto que criatura; mundo es tu propia *carne*, por que de él la tomaste y á él debe retornar. En otros términos; las tres entidades que te invitan al *placer incondicional* son, por junto, un NO TÚ y un NO DIOS, y la única entidad que te impone el *deber incondicional* es un NO TÚ INCREADO, quedando entre los dos, entre esa Alice y ese Bertramo un atribulado Roberto que eres tú (y repara que te ponemos ese tú en letras gordas, también para que te des importancia filosófica, ya que hablando de tí sería ridículo decir el yo tuyo.)

Si la instancia del placer te soborna, ¡abur mi suscriptor! De resbalón en resbalón te precipitas á un abismo, en cuyo fondo hay un pantano de dolores, donde se pudren en vida tus carnes reblandecidas ya por los placeres; y si tanto te entusiasmas por el deber que, huyendo de toda provocación del mundo, te metes á ermitaño, entonces ya ganas el cielo, sí; pero pierdes la tierra, y esto, á la verdad podrá ser un gran partido mientras no pasen de un uno por mil los pecadores que lo tomen; porque si un tal sistema de extremo entusiasmo ascético llegase á tomar proporciones epidémicas ¡medrado andaría el mundo!

Pues qué, ¿no nos puso Dios en la tierra como sociables? Entonces quietos en la tierra y no hacerse el huraño y el intratable, por temor de luchar; porque si mérito es, y muy grande, el de abandonarlo todo para irse á vivir con los gorriones, á fin de estar á todas horas platicando con el mismísimo Dios, mayor mérito es sin duda atender á Dios en medio del estruendo de la sociedad, y á despecho de las insidias de las malas sugerencias del mundo, del demonio y de la carne. Un virtuoso de ciudad es un militar que hace su carrera luchando; mientras que un virtuoso del desierto se nos figura uno de esos militares cortesanos que, entre comisiones y reales licencias, algún cuartel y un tanto de ojo político en saber pronunciarse á tiempo, allegan los tres entorchados sin haber hecho en su vida ninguna formal campaña.

¿No es el apetito del placer una ocasión de lucha? Pues luchar. ¿No es el deber un galardón del mérito? Pues vencer. Esto es existir; lo demás, tomado con regla, es, ó encanallarse tras del vicio, ó transformar la vida en unos lentos funerales donde, á causa de la soledad, el mismo muerto se ha de estar cantando día y noche sus responsos.

Aquí sí que la carne, puesto que unos la pudrieron tras del vicio,

otros la curtieron en el ayuno y la flagelación, pudiera muy bien exclamar, á fin de la jornada lo que Martínez de la Rosa: «*Ni lo uno ni lo otro merecía.*»

Nuestro naturalísimo estar en el mundo es como el colgar de una lámpara del gancho de donde pende. El gancho es la noción del deber enclavada en la idea de Dios que es la techumbre; los tres enemigos del alma son: la ley de gravitación, fuerza del *mundo* que la insta á que se caiga; el *demonio* que quiere desempotrar el gancho de la bóveda, y, finalmente, la *carne*, ó la materia de la misma lámpara, que por su propio peso tiende á desgastar la cuerda. Si los tres enemigos cejasen de un golpe, la lámpara volaría al techo; *esto no sería vivir*. Si el gancho cediese, la lámpara se vendría al suelo; *esto sería morir*. Obligada viene, pues, el alma nuestra á pender del artesonado del cielo, á cierta distancia del fango de la tierra, si quiere cumplir con la voluntad de quien en tal guisa la dejó colgada, y, en esta actitud, si el espíritu religioso al verla ha de exclamar: «estás bien, porque resistes»; el espíritu médico, al contemplarla, debe decir á su vez: «estás bien, porque subsistes.» He aquí el aspecto humano, el aspecto útil, el aspecto higiénico de la virtud; he aquí una vez más á la virtud reivindicada como un tema formalmente médico, de altísima trascendencia, en orden á la educación higiénica.

¿Lo ves ahora, querido lector, si estamos en casa ó si, por el contrario, nos hemos echado, como al principio pudiste suponer, á predicadores intrusos?

En medio de esta simplicidad de doctrina que en tan ardua materia profesamos, puede ocurrirsete, sin embargo, un reparo, un escrúpulo filosófico de gran bulto.

¿Á qué (quizás tú digas) esa oposición entre la ley moral y las instancias de naturaleza? ¿Cómo se explica, médicamente hablando, que estén discordes entre sí estas tres cosas; la ley de Dios, la Naturaleza y tu voluntad, nacidas de un mismo principio, encaminadas á un mismo fin, movidas y gobernadas por el mismo resorte; y cuya existencia no se concibe *à priori* sino en aquella exacta y armónica correspondencia en que están, y se mueven las distintas ruedas de un reloj?

¿Este es tu escrúpulo? Pues bien; figúrate que hemos de estudiar el caso, y sírvete darte una vuelta por acá el domingo próximo; que mucho será que, aunque no hemos cursado leyes, no nos salgamos del apuro de un modo ú otro.

II

Puesto que «no hay plazo que no se cumpla», querido lector, por más que de tejas abajo no toda deuda se pague, vamos á pagar hoy la que contigo tenemos contraída.

Transcribamos literalmente la pregunta que en tus labios pusimos:

«¿Á qué esa oposición entre la ley moral y las instancias de naturaleza? ¿Cómo se explica, médicamente hablando, que estén discordes entre sí estas tres cosas: la ley de Dios, la Naturaleza y tu voluntad, nacidas de un mismo principio, encaminadas á un mismo fin, movidas y gobernadas por el mismo resorte, y cuya existencia no se concibe *à priori* sino en aquella exacta y armónica correspondencia en que están y se mueven las distintas ruedas de un reloj?»

Á esta pregunta, que es la expresión de una preocupación muy extendida y arraigada entre las gentes, debemos contestarte que no hay para qué explicar médicamente, ni en ningún otro concepto, esta desarmonía, precisamente porque entre la ley de Dios, la Naturaleza y tu voluntad ni existe ni es dable que exista tal desarmonía; de modo que, si nos empeñáramos en buscar la explicación que nos pides, estaríamos en el caso de aquellos sabios naturalistas que, después de mucho discutir acerca de la razón en cuya virtud *un pez vivo* pesa más que *un pez muerto*, echaron de ver cuán ocioso era cuestionar sobre ello, toda vez que no estaba averiguado que tal diferencia existiese, y averiguándolo resultó que no existía.

Vamos, pues, por partes; y como quiera que de armonía se trata, fijemos ante todo la *tónica*. Esta tónica es la ley de Dios: nada hay que decir de ella.

¿Y tu voluntad? Esta, en tanto que simple potencia, no *suen*a sino cuando obra.

¿Y la Naturaleza? Esta es la parte dificultosa, no por ella en sí, sino por la idea que de ella puedes tú haberte formado.

Determinemos, pues, el tono en que está la Naturaleza y si está ó no en armonía con la ley de Dios.

¿Pero en qué sentido tomamos la palabra Naturaleza?

En el de *conjunto de las cosas creadas*; por esto lo escribimos con mayúscula.

Ahora bien: ¿es la Naturaleza *f*uente de pecados?

No acertamos á ver tal. Calificarla de esta suerte es dar muestras de tener una idea harto superficial de las propiedades de las cosas. Un plato de calamares rellenos es el mismo para tres distintos suje-

tos: uno inapetente, otro apetente y sobrio y otro glotón. El primero no los prueba, el segundo toma con gusto uno; el tercero se los come todos, incurriendo en pecado de gula y acarreándose quizás una indigestión.

En vista de esto, ¿tendrías alma, buen lector, para colgarles el pecado á los calamares?

Lo que hay de verdad es que solemos pensar, hablar y obrar muy erradamente respecto de las propiedades de las cosas. Cuando decimos que la quina tiene la *propiedad* de curar las intermitentes, decimos una cosa tan impropia como si dijéramos que la electricidad tiene la propiedad de padecer convulsiones ó que una cuchara tiene la propiedad de comer. La quina, la electricidad y la cuchara tienen cada una sus *atributos* inherentes é inseparables, los cuales por resplandecer en ellas donde y como quiera que estén, se llaman y son *propiedades* de aquellas cosas. Pero el que las fiebres desaparezcan bajo la influencia de la quina, no quiere decir que sea *propiedad* de la quina curar las fiebres, sino propiedad del organismo viviente reaccionarse y sanar de la calentura intermitente cuando experimenta el influjo de la quina; bien así como no es la electricidad la que se pasma, ni es la cuchara quien come, sino el individuo por influencia de estos agentes.

De modo que las cosas de la Naturaleza no son para nosotros verdaderas *fuentes* de bien ni de mal ó *causas eficientes*, sino *ocasiones*, ó *causas ocasionales*, es decir, que hacen efectiva una determinación tuya que, como tú comprendes, tuya era antes en *potencia* ó *germen*, puesto que tuya es luego en *obra* ó *acto*.

Así es que la bonachona de la Naturaleza, que ni *merece* ni *peca*, es lamentablemente calumniada cuando queremos excusar nuestras faltas con la consideración de las *ocasiones* de faltar con que nos brinda; y esto lo consideramos verdad aun en aquellos casos en que la Naturaleza nos provoca por medio de las personas y los actos de nuestros semejantes, quienes, por más que sean malos, lo son únicamente en si y para sí, no constituyendo nuestro pecar, por instigación de ellos, verdadero pecar de ellos, sino nuestro, por lo mismo que es nuestra la *determinación*.

Sentado que la Naturaleza no está discorde con la ley de Dios, ¿cómo se explica, médicamente hablando, el que ella influya en nosotros como enemiga del alma y que nosotros, al obrar en consonancia á este influjo, produzcamos tan á menudo actos *discordes* con la ley de Dios y la esencia y fines de la misma Naturaleza?

Esto si que ha de tener su explicación y puedes exigirnosla con

tanto mayor motivo, cuanto que en el artículo anterior, te asegurábamos que nuestra *sensibilidad* (que es el receptáculo del mundo), y nuestro sentimiento (que lo es de la ley moral), habían sido *creados ambos para la más perfecta armonía*.

Pues bien; esta explicación y sus corolarios higiénicos formarán el tema del artículo inmediato. Por hoy conténtate con reflexionar que en un acorde de tres notas basta que una de ellas esté desafinada para que la armonía degenera en el más insoportable desconcierto.

Pero no anticipemos soluciones.

III

«Sentado que la Naturaleza no está discorde con la ley de Dios »(decíamos, caro lector, al final del artículo precedente), ¿cómo se »explica, médicamente hablando, el que ella influya en nosotros »como enemiga del alma, y que nosotros, al obrar en consecuencia »á este influjo, produzcamos tan á menudo actos *discordes* con aque- »lla ley y con la esencia y los fines de la misma Naturaleza?»

Y ahora, encarnando en ejemplos *vivos* el contenido de la pregunta, ¿cómo se explica, diremos, el que unos inocentes calamares provoquen la gula, un talego invite al cohecho, ó una honesta doncella encienda livianos deseos?

Si el mal no está en estos objetos naturales, claro es que en nosotros ha de estar; y nosotros, parte integrante de la creación, ¿acaso no lo somos de la total Naturaleza?

He aquí, lector, el *quid* del asunto y el punto de arranque de la explicación médica que nos pides. Entre teólogos, el *deseo indebido*, la propensión á separarnos de aquella benigna naturalidad en el querer, que está en perfecta concordancia con la ley de Dios, ó en otros términos: aquella especie de vaho de nuestra propia carne que embriagándonos, nos impele al mal, representándonosle como un bien por obra del placer, se denomina *CONCUPISCENCIA*. Llámase también á las veces *NATURALEZA*, aunque ya cae de su peso que en este caso la palabra no significa *cosmos*, *mundo*, ó conjunto de las cosas *creadas*, sino la propia carne en lo que tiene de pecaminosa.

Entonces, si la *CONCUPISCENCIA* es la propensión íntima de nuestro espíritu al *MAL*; si el motivo próximo de esta concupiscencia es aquello que en nuestra carne hay de *MALO*, y si además de todo nuestra carne, en tanto que parte de la Naturaleza cósmica ó mundo, no es mala por esencia, ¿de dónde emana y en qué consiste el *MAL* que en nosotros surge?

Ante esta formidable cuestión, planteada con toda la posible franqueza, no tenemos más salida que la franqueza misma.

Mira: de dónde emana el mal y en qué consiste, vale la pena de preguntárselo á un teólogo: solamente la Teología dispone de términos hábiles para explicar estas cosas. Del médico no esperes más que la exposición del *rastro* del MAL, que son *los males* ó *enfermedades*, y las *formas* y *leyes* de esos males. Sin embargo, con darte la Medicina tan poca cosa, te proporciona toda la teoría higiénica, y hasta terapéutica, de la VIRTUD, ó sea todo lo que la virtud da de sí en orden de su utilidad fisiológica.

Y aquí prepárate, lector, á hacerte cruces; porque vamos á decirte cosas que en todo el segundo semestre de suscripción no llegarás á poderlas creer, sin embargo de que todas ellas pasan cotidianamente á tu vista.

Tú sabes que los hombres se suelen dividir en justos y pecadores, por razón de su conducta, y en sanos y enfermizos por el concepto de su estado de naturaleza.

Pues bien; estas divisiones son puramente teóricas en la práctica, puesto que en vano el moralista busca la encarnación de la perfecta santidad durante la vida, y más en vano aún busca el médico durante la vida la realidad de la salud. El varón más santo tiene siempre algo que decirle á su confesor, y el más robusto, á la media hora de conversar con el médico, descubre algún punto enfermizo de su naturaleza.

NADIE ESTÁ SANO; NADIE SE SIENTE JUSTO. La concupiscencia reside en nuestro ser como el *oidium* en la vid; por más que nos azufren, siempre acá y acullá quedan espóculos sueltos, capaces de causar en nosotros una nueva invasión de males y maldades.

«¡Nadie está sano; nadie se siente justo!!!»

Estos dos hechos, al parecer tan independientes, se hallan entre sí ligados por una relación estrechísima. El mal moral y el mal orgánico son dos distintas caras del dechado que, según el texto bíblico, se entretuvo el maligno espíritu en bordar entre las puras fibras del corazón de nuestros primeros padres, y que, según la filosofía profana, se ignora quién la bordó. El hecho es que siguiendo de hijos á padres, de padres á abuelos, de abuelos á bisabuelos, y así hasta la consumación de tu paciencia de inquirir y tus medios de comprobar, ya que no hasta el origen de los tiempos, tanto *la maldad*, como *los males*, se van refiriendo siempre á un vínculo hereditario desconsolador, y humanamente hablando, todo induce á considerar estos dos elementos como derivados de un MAL ORIGINARIO que

va ejerciendo en nuestra naturaleza esta doble función histórica: mantenernos *pecadores y enfermos*.

El Cristianismo al imponernos los dogmas de LA CAÍDA y de LA REDENCIÓN, prestó, así al individuo como á la sociedad, el inestimable servicio de encabezar su historia y fijar la meta de su porvenir, y en este concepto los pensadores serenos de todo color y linaje le han prestado la consideración debida. Dejemos, sin embargo, al influjo de la predicación todo lo que es de fe, y prosigamos nuestra tarea puramente médica.

Si de la consideración del origen del MAL pasamos á la de su naturaleza y de su mecanismo sensibles ú observables, lo primero que llama la atención de todo médico realmente práctico, es decir, investigador, es la doble relación en que la *maldad* y la *enfermedad* se hallan en todo hecho de concupiscencia ó de apetito de contravención á la severa ley de la VIRTUD.

La mala sangre sugiere malos pensamientos: el mal pensar malea la mejor sangre: he aquí el resumen de la experiencia médica, por lo que dice á la mutua relación de las dos formas del MAL.

—¿Es decir, pues, que á todo vicio acompaña una enfermedad, y á toda enfermedad un vicio?

—¡Alto ahí! No te precipites, amigo lector, que el arte de sacar consecuencias es como el arte del comadrón; que no consiste en tirar fuerte, sino en acompañar á la madre. Aquí la madre es la verdad; déjala que alumbré por sus pasos, si quieres que salvemos la criatura.

Que á todo vicio sigue de cerca primero, y acompaña luego hasta la muerte una enfermedad, es una verdad experimental, y por lo tanto incontrastable.

De esta verdad se deduce otra preciosísima, y es que los hábitos de virtud propenden primero á determinar, y á la larga determinan la curación de muchísimos achaques, señaladamente de aquellos que la correlativa forma de vicio tiende á determinar. Así, las afecciones crónicas del vientre producidas por la intemperancia pueden ser curadas (además de evitadas) por la templanza.

Ahora, hasta qué punto la influencia de la virtud, ya fuerte, ya débil, es expresión de energía orgánica, eso lo dejamos á tu consideración. Con decir que la virtud es, médicamente definida, aquella fuerza propia que te puede curar sin médico ni medicina, está todo dicho. En este concepto la virtud no es más que la energía, *influyendo en sí misma*.

Hasta aquí el parto sale derecho, siendo cierto que *todo vicio es origen de enfermedad, y toda virtud es fuente de saludables resultados*.

Pero ¿y lo de que á toda enfermedad acompaña un vicio, será cierto?

En principio no. Y aquí hay que hacer una observación de altísima importancia, y es que precisamente el mérito contraído por una gran parte de los espíritus dados al heroísmo ascético, consiste en haber estado luchando victoriosamente contra ese vaho de la carne llamado *concupiscencia*, llevado al extremo de enfermedad bien manifiesta é intensa.

Sin salir de tí mismo (con tal que nos permitas entrar á dar una vueltecita por tu alma), verás las pruebas de que si es natural que la enfermedad sea motivo de concupiscencia, no es de necesidad que á la enfermedad siga el vicio ó concupiscencia efectiva.

Suponiendo que seas el más grande pecador de entre los lectores de esta Revista, y aunque lo fueres del globo terráqueo, no por esto habrás dejado de pasar en miniatura todos los pasos que caracterizan á un gran penitente; porque si es tristemente cierto que *el más justo peca siete veces cada día*, no es menos cierto, y además muy consolador, el que el mayor pecador se conduce siete veces cada noche de haberlo sido.

En prueba de ello, si no, recuerda cuántas veces has luchado contra las sugerencias de tu temperamento (léase de la enfermedad hereditaria ó connatural tuya, que los médicos, por no afligirte, llamamos *temperamento*, á pesar de ser éste, en puridad, origen de todas tus *destempladuras*); recuerda cuántas veces, en esta lucha, has sido arrastrado por los apetitos de él, con duelo tuyo, y aun con remordimiento á veces; recuerda cuántas otras has triunfado, y qué infantil gozo no se ha apoderado de tí al verte tan guapo, tan dueño de tí mismo, tan valiente jinete y fiero domeñador de tu resabiada cabalgadura; recuerda con qué bienaventurado salero te has deleitado, haciendo burla del mal papel que ambos á dos, tú y tu cuerpo, ibais haciendo por esos mundos, en época en que tu sangre enferma te traía y llevaba en manos de algún vicio, grande ó chico, grave ó leve, del cual á *fuerza de fuerza* lograste de una vez para siempre emanciparte, quedando hecho un pequeño San Miguel, con tu espíritu resplandeciente de victoria, la espada de tu voluntad en la diestra y oprimida, no muerta, bajo tu planta, como oprimido y no muerto yace el diablo á los pies del Arcángel, la terrible alimaña de tus enfermizos antojos. Pues ahí tienes, querido lector, el cuadro de tus luchas con la concupiscencia; las pruebas de que si tu espíritu no puede dejar de oír la voz de tu enfermedad, puede muy bien no *atenderla* y hasta ahogarla; ahí tienes, en una palabra, la piedra con que todos nos damos un día ú otro en los pechos, y que sólo difiere

de la del coloso de los penitentes, San Jerónimo, en el tamaño; aunque con la gran propiedad que esa piedra tiene de crecerse en las manos, por cuya razón no te debe desesperar ver que la que tú usas es como un matacán ó quizás como una peladilla, ó aún aún, si tanto te compadeces, como un grano de arena.

Esta piedra, que es la mayor perla que esconde la concha de nuestra conciencia, es la protesta viva contra el fatalismo de nuestros actos, la mejor prueba de nuestra libertad, y en nuestro terreno médico, el secreto del por qué, si es ley que á todo vicio sigue una enfermedad, no es ley que á toda enfermedad deba seguir un vicio.

Vamos á concluir, aunque sea á linternazos literarios. Condensa en tu memoria cuanto en los tres artículos llevamos expuesto, y tú mismo reconocerás:

1.º Que virtud es fuerza efectiva.

2.º Que en cada cual esa fuerza se hace efectiva en sí mismo y sobre sí mismo.

3.º Que constituyendo esa fuerza propia la *energía*, resulta que la virtud en sí es la energía misma, y que, en cuanto á su forma, es la energía en sus funciones de sostén é incremento; la energía nutriéndose.

4.º Que con los pecados pasa lo que con los robos domésticos, que no es concebible tengan éxito si no está en connivencia con los ladrones la criada. Por consiguiente, que en tu casa, que es tu cuerpo, una de las criadas, que no es la bonachona naturaleza, tiene muy malos antecedentes. Con esto ya estás avisado.

5.º Que de esa criada nacen los vicios y las enfermedades, y que si aquéllos dan siempre lugar á éstas, éstas siempre propenden, mas no siempre logran, dar lugar á aquéllos.

6.º Que todos tenemos una piedra en la mano, la cual se llama virtud; y que, de todas las piedras medicinales, ninguna hay que tanto sanee las partes enfermas, ni preserve las sanas.

7.º y último. Que siendo la virtud el dominio de sí mismo, la energía en funciones íntimas, resulta ser la mayor defensa contra todo mal, y la mayor garantía de alianza entre la salud y la longevidad de una parte, y la tranquilidad y dicha de otra parte.

En resumen; que si por acaso llevas cursados algunos años de *Diablistica*, procures dejar la carrera, muy seguro de que lo que de un lado pierdas en años de estudio, vas á ganarlo de otro en años de vida.

Por de pronto, no es flojo el ejercicio de virtud que entramos llevamos hecho con este artículo; tú por la resignación en leerlo, y

nosotros..... (espelúznate)..... por haber tenido que escribirlo á vuela pluma, al mismo tiempo que estamos verificando exámenes de prueba de curso. Verdaderamente esto, lejos de constituir un acto de virtud, casi arguye vicio de complacerte.

Séptima forma: perseverancia

Si en medio del rigor de la canícula y con las debidas precauciones, ó sea con unas tenazas de cocina enuatadas, coges, curioso lector, una víbora, y después de haberla dejado picar con furia cinco ó seis veces sobre algún inocente animal, por ejemplo, un conejo, la dejas suelta, ya puedes ponerla á tiro de tu propia mano, que, aunque te muerda, no te avendrá el menor daño. Es decir, que á cada colmillazo que antes dió se le fué aminorando la fuerza de la ponzoña concentrada en el saco del colmillo, y acaba por inocularte un aguachirle improvisado, y por lo mismo inofensivo. Tal es el resultado de la fuerza orgánica cuando se empeña en dale que dale.

Si en la misma estación, y aunque sea lo más frío del invierno, pillas por tu cuenta un aragonés, y proponiéndote enfadarle logras salirte con la tuya, verás cómo hace todo lo contrario que la víbora. Si, por ejemplo, la da en decirte que *no*, cada vez te lo repetirá con más resolución, más fuerza, más sangre en el rostro y más vehemencia en el corazón. Por este peligroso camino marcha el organismo cuando el ánimo le aguijonea con el acicate de la pasión.

Y luego, si coges un inglés en cualquier tiempo del año (porque esos no gastan estaciones), y á fin de que muestre su carácter la das en dirigirle insultos, verás cómo si, v. gr., comienza por replicarte glacialmente «yo decir á usted también todo esto, y además, que no», ya puedes cargar la mano á los insultos hasta convertirte en un Mirabeau de improperios, le hallarás á las veinticuatro horas, á los veinticuatro días, á los veinticuatro meses dispuesto á repetirte en los mismos términos, en el mismo tono, con la misma desesperante *verticalidad* de espinazo y de piernas: «yo decir á usted también todo esto, y además, que no.»

Resumen: de la víbora te ríes; del aragonés esperas que lo rinda, al paso que lleva, una congestión cerebral; del inglés sólo puedes esperar que lo parta un rayo.

Éste es el que te impacienta, te abrumba, te desespera, te hunde, te anonada.

¿Y por qué?

Porque dada una manifestación de su energía, es *perseverante* en ella.

La PERSEVERANCIA es, pues, *la energía en funciones de duración indefinidamente uniforme*.

No hay, por lo tanto, entre todas las manifestaciones de la *energía* ninguna que aventaje á la *perseverancia* en la práctica de la vida, puesto que por ella se hacen efectivas y útiles todas las demás, y sin ella ninguna pasa de momentáneo alarde. ¿De qué sirve sino ser *espontáneo* ahora para luego ser rutinario? ¿De qué ser hoy *activo* para caer en la pereza mañana? ¿De qué mostrarse *valeroso* en un arranque de entusiasmo épico, para echar á correr tan pronto aquel estímulo artístico ha cesado?

Pues bien, el cultivo de la PERSEVERANCIA, de esa preciosa cualidad que debiera ser una de las más culminantes miras de toda educación, es completamente descuidado hoy día, constituyendo una de las más graves omisiones de la educación contemporánea. Y sino, veamos á cómo se cotiza hoy la *inestabilidad*, ó sea la cualidad de carácter opuesta á la *perseverancia*.

Apenas hay mujer que no cuente, como base de sus cálculos, con la *inestabilidad* de las determinaciones de su marido en aquello que pueda contribuir á subordinarla.—Fórmula corriente hablando del marido: *Ya se le pasará*.

Apenas hay chiquillo que no cuente, como base de sus cálculos, con la *inestabilidad* de las determinaciones de sus padres ó de sus lugartenientes en aquello que pueda contribuir á la formación de su espíritu.—Fórmula corriente hablando del ceño de padre ó madre: *Ya se le pasará*.

Apenas hay criado (blanco, negro ó mongol) que no cuente, como base de sus cálculos, con la *inestabilidad* de las determinaciones de sus amos en aquello que puede contribuir al regular y moralizado servicio de la casa.—Fórmula corriente hablando de la repulsa del señorito ó la señorita: *Ya se le pasará*.

Apenas hay, en fin, tirano político, por cursi é inepto que sea, que no cuente, como base de sus cálculos, con la *inestabilidad* de las iras del pueblo, en lo que tienen á las veces de más legítimo trasunto de la ira de Dios.—Fórmula corriente de un mal Gobierno ante las muestras de descontento público: *Ya se le pasará*.

Véase, pues, si teníamos razón en lamentarnos de que la educación en nuestros tiempos no dé apenas ningún valor á la formación de los hábitos de PERSEVERANCIA en el espíritu de los educandos. ¿Y cómo se lo ha de dar si apenas hay superior jerárquico de ninguna especie que para sí la posea y para sus inferiores la luzca?

Tercos los hay á pedir; pero repara que esta condición del carácter no debe confundirse con la perseverancia, precisamente porque constituye su natural antagonista.

La terquedad y sus parientas la testarudez y la pertinacia, etc., constituyen una sugestión enfermiza de la irritabilidad de la carne; por esto el terco se va descomponiendo en sus sentimientos y embruteciendo en su expresión al compás que ejercita su terquedad, mientras que el perseverante lo es por una sugestión serena del espíritu, cuya manifestación no sólo no altera, sino que fortifica el organismo. Compárese, en prueba de ello, el curso que sigue la educación de un niño rebelde, según se le pone bajo las iras de un dómine irritable, que por un quitame allá esas pajas le pone á cachetes la carita hecha una amapola, ó al cuidado de un verdadero preceptor que, sabiendo mantenerse sereno, así en el premio como en el castigo, encomienda á su propia perseverancia el cuidado de hacer que su voluntad prevalezca fría é ineludiblemente sobre la del niño cuya educación tiene confiada.

Y claro es que ha de resultar inmensa esa diferencia. ¡El lema de la terquedad es: «Esto ha de ser porque yo lo he mandado»; mientras que el del perseverante es: «Esto ha de ser porque debe ser, y porque debe ser lo he mandado.»

Por poco que medites, buen lector, sobre esta diferencia, comprenderás: 1.º Lo que hay de bestial en la *terquedad*, y lo que hay de moral en la *perseverancia*; 2.º Lo insana que debe ser la primera, constituyendo ya en sí un resultado enfermizo, y lo saludable que necesariamente ha de resultar la segunda, desde el momento que, inspirada en motivos morales y manteniendo en ejercicio todas las formas de nuestra energía orgánica, nos da ocasión de verificarlas á más y mejor, y 3.º Porque un mismo inferior, que bajo el poder de un irascible y terco superior, ó sea un déspota, se pervierte y se divierte hasta con el castigo, porque ve que le sale más caro al tirano el berrenchín que á él la pena, ese mismo inferior puesto bajo la fría é inmutable *perseverancia*, ó sea bajo una positiva autoridad, ni se pervierte, ni se divierte, sino que se convierte, como por ensalmo, á la más espontánea sumisión, con asombro de propios y extraños, tan luego ha podido sentir la justicia de los motivos y lo inflexible del estilo de aquel nuevo y verdadero superior.

Tal es la PERSEVERANCIA pintada á grandes brochazos, cual lo exige la índole de estos artículos.

Ella constituye la *efectividad* de la vida, la realización de los levantados y arduos propósitos, la sistemática defensa de la salud y

del honor y la *conditio sine qua non*, así de la cura de todas las enfermedades crónicas, como de la corrección de los más arraigados vicios.

Las formas de la PERSEVERANCIA SON muchas: el perseverar en ser para el mundo, se llama *existencia*; el perseverar en ser para sí, se llama *subsistencia*; el perseverar en ser con la mayor fuerza posible, se llama *consistencia*; el perseverar en actuar, se llama *persistencia*; el perseverar en actuar sobre persona ó cosa, se llama *insistencia*; el perseverar en ofrecerse á ella, se llama *asistencia*; y finalmente (por no cansarte), el perseverar en la defensa del propio ser se llama *resistencia*..... y en todas estas y otras varias formas del efectivo ser humano, la perseverancia resplandece siempre por los altos motivos en que se inspira y lo saludable de su influjo en el propio individuo y fuera de él.

Procura, pues, amigo lector, cultivar esa *forma de formas* de tu energía é infundírsela á cuantos amas; porque no hay desgracia ni ridiculez mayor que la de que digan ó puedan decir de ti á la espalda—«YA SE LE PASARÁ»; pues desde el momento en que tal cosa puedan afirmar, con poco más que te estudien sabrán *cuándo, cómo y de qué manera se te pasará* y cádate convertido en toro en plaza; porque como que conocerán *la ley de tu inestabilidad*, te pondrán bravo cuando les convenga y luego te capearán cuando sea menester hasta ponerte en suerte, según sus fines, y es en verdad un triste vivir, vivir *corrido* y además embolado para que tus iras no causen daño. Para evitar estos inconvenientes de la vida, el más seguro secreto consiste en saber combinar la perseverancia de espíritu con la flexibilidad del trato; así se logra pegar cada chasco á los que te quieran *manejar* que valdrá un mundo; pues cuanto más te crean doblado como un junco, mayor sorpresa les ha de causar verte de sopetón enderezado otra vez y con más temple que espada toledana.

Así lograrás, caro lector, dos cosas: la primera salir adelante con los fines de tu perseverancia; la segunda que el mundo, al retirarse mustio y alleccionado, te aplique aquel dicho del poeta latino:

Justum et tenacem propositi virum..... etc.,

mientras que tú, satisfecho de tí mismo, murmuras con cierta delectación el famoso proverbio italiano: «*Chi dura vince.*»

Octava forma: humor, garbo y salero

I

Los malos tragos pasarlos pronto. Un día—¡día aciago!—te prometimos, benévolo lector, ocuparnos en estas tres manifestaciones de la energía vital, como fin y remate de esta primera serie de artículos dogmáticos, y hoy cumple el plazo ineluctable. Varios de nuestros suscritores, entre ellos no pocos del gracioso sexo, llevados sin duda de un exceso de confianza, aguardan (nos consta) la aparición de este artículo, en la seguridad de que tendremos bastante *humor* para escribirlo, sobrado *garbo* para legitimarlo, y el tantico de *sal ática* que, como el tomate en la cocina de verano, hace apetitosos en todas las estaciones los guisos literarios.

Y bien mirado, aún cuando lo que de nosotros se espera se exigiese, ¿cabría en lo humano más razonable exigencia? ¿Con qué cara saldrá á vender por esas plazas un elixir dentifrico quien tenga la boca hecha un anfiteatro de Itálica famosa, ó á recomendar sus pastillas de «no más tos» quien padezca un catarro crónico?

Y aquí de las congojas; pues quieras que no, hay que lucir en estas cuartillas lo que uno tiene..... y lo que no tiene.

Empecemos, pues, como el tenor en el gran concertante de *Lucía*, por arrojar al suelo la capa de la modestia y el chambergo del recelo y..... pecho al agua.

¿Qué metodo quieres que adoptemos? ¿Vamos á tomar la cosa por lo científico, como aquel resaladisimo autor anónimo del conocido opúsculo intitulado: *Crotología ó Arte de tocar en toda regla las castañuelas*, donde se explica este arte con toda la seriedad y el formalismo propios de los libros didácticos?

¿Probémoslo?

Probémoslo, y además desarrollemos, si te parece, la doctrina en forma de preguntas y respuestas, que así tendrá un carácter más elemental, y podrás hacerlo aprender de memoria á tus hijos, si para castigo de tus pasadas fechorias los tienes.

Humorilogía

—¿Qué es humor?

—La propensión á dar á nuestra actividad una expansión placentera.

- ¿Por qué se llama humor?

—Se le da este nombre en sentido figurado, aludiendo á la turgidez y al aroma que las flores y los frutos lucen cuando están en su punto. De donde el decir que está *mustia* la persona que, bien sea en actividad, bien en reposo, no ofrece los signos del humor.

—¿Y hay algo de verdad en el fondo de estas metáforas?

—Sí, señor; no hay más que observar cómo las personas, ni más ni menos que las rosas, las naranjas, etc., van perdiendo lo que llamamos humor ó jugo á medida que el cuerpo se arruga ó *mustia* por la edad, ó también por consecuencia de enfermedades; de suerte que, á medida que se van volviendo *personas pasas* en sus carnes, vanse poniendo personas sosas en su trato.

—¿Y acaso no hay personas viejas que aguantan muy gordas y frescas, á pesar de sus años, y sin embargo no tienen humor?

—¡Oh! Es que hay personas de natural carnosos que se parecen á las camelias, las cuales aguantan mucho las injurias del tiempo, pero á condición de «mirame-no-me-toques», pues en cuanto se las manosea se deshojan entre los dedos. De lo de la frescura no hay para qué decir que viejo y fresco no puede ser, como no sea en el sentido de «¡ya está usted fresco!»

—Muy bien; pero queda otro escrúpulo. ¿No hay también al contrario otras personas que, con todo y ser flacas de cuerpo y más prisadas de cutis que un roquete de canónigo, no se las puede sujetar de puro alegres y animadas?

—Sí, señor; estas son las personas que llamaremos de secano, de bosque ó silvestres, las cuales, como el tomillo, de unas pocas gotas de rocío que les brinde la naturaleza saben sacar más partido que no saca de dos regaderas de agua mañana y tarde una desaborida hortensia. Del leño de tales personas se fabrican las mejores cucharas, y una sola de ellas, metida en una tertulia, suele bastar, como hoja de laurel en cazuela de estofado, para darle mil gustos.

—¿Por manera que el humor del alma no está sólo en relación con la cantidad del humor del cuerpo, sino también con su calidad?

—Sí, señor; contribuyendo esta doble relación á legitimar más y más la metáfora, por la cual se llama humor la expansión placentera de nuestra actividad; puesto que una planta debe su turgidez y aroma, no sólo á la cantidad absoluta, sino también á la relativa y á la calidad de sus humores. De donde así resultan gordos sosos y flacos aromáticos, como jóvenes almas de cántaro y viejos más templados que una charanga de cazadores.

De donde también la parte que en el humor hay de innato, naciendo

do ciertas personas de casta de nísperos y otras de raza de pimentones picantes.

—¿Y cómo calificaremos á los individuos que, siendo muy activos, no *gastan* humor?

—Los calificaremos de enfermos de afección cerebral, pudiéndolo ser por mil y mil causas internas ó externas, desde el padre que por estar sobrecargado de chiquillos, nodrizas y niñeras, trabaja como un negro por amor y convicción, hasta Napoleón I que, por ambición, apenas dormía cuatro horas.

—¿De suerte que el buen humor debe ser, según esto, la *característica* de la actividad perfectamente sana?

—Sí, señor; siempre, siempre, siempre.

—¿Por qué?

—Porque él es esa misma actividad en ejercicio.

—Por la misma razón, ¿será posible el humor sin ir acompañado de actividad?

—No, señor; nunca, nunca, nunca.

—¿Entonces el humor es signo legítimo de energía?

—¡Vaya si lo es! Tanto, que del humor se puede retóricamente decir que es el aroma de la energía, exhalado por las hojas y las flores de una actividad de buena savia: siendo el ejercicio de ese humor, á la vez que efecto, causa de bienestar, pues manteniendo el ánimo flexible y benigno, evita muchas afecciones, ya físicas, ya morales, y ayuda á curar no pocas, aun algunas gravísimas.

—¿Queda respecto del humor algún cabo suelto? Porque de no, concluiremos.

—Sí, señor; quedan todavía cabos para dotar un batallón de quinientas plazas, ó sea para llenar un tomo de 500 páginas; pero tratando de concluir, diré que si no es posible el mal humor habitual sin enfermedad, es posible el buen humor habitual en estado enfermizo, y hasta en medio y á despecho de dolencia grave, pues hay partes del cuerpo, algunas de ellas muy nobles, cuyas afecciones no afligen el ánimo, por no tener tendencia á influir en el cerebro, que es la oficina del humor. Empero, por lo mismo que siempre el humor arguye buenas condiciones de calidad y estado de los sesos, y que en este caso el enfermo está en posesión de la animación, la actividad y la esperanza, que constituyen el tripode de las grandes curaciones, el resultado práctico es que el médico verdaderamente perspicaz y experto saca siempre un gran partido del conocimiento del humor característico del enfermo, como dato pronóstico; hasta tal punto, que al consultar nuestro ánimo acerca del logro de una de esas curas

que, de puro difíciles, dejamos que se llamen *milagrosas*, ponemos siempre en la balanza de nuestra rápida apreciación el carácter del enfermo. Si éste es animado y animoso, si es optimista, si conserva *verdadero humor* para la empresa, concebimos el plan con esperanza, emprendemos el tratamiento con valor y solemos acabarlo con el milagro; mientras que si le vemos apático, desconfiado hasta el pesimismo y, por lo tanto, perezoso de colaborar al milagro, entonces ¡adiós mi dinero!, ó mejor dicho, ¡adiós el suyo!, porque toda nuestra tarea resulta inútil, y ni tan siquiera obtenemos el relativo gozo de haber aplazado unos funerales; porque ¡vaya! no le des vueltas, lector, con un alma de cántaro no se hacen maravillas. Y si no, mira; echa cuentas. Una cura es una victoria obtenida contra la muerte, representada por la enfermedad. Los combatientes son estos tres: *Médico*, *Enfermedad* y *Enfermo*, y como es natural, la actitud del tercero es decisiva en la lucha. Si el enfermo se alianza con el médico, la muerte suele llevar la paliza del siglo; pero por la misma razón, si aquél se pone del lado de la enfermedad, el bueno del médico se queda al fin como la Margarita del *Fausto*, viendo con dolor cómo al enfermo se lo lleva la trampa. La *neutralidad* del enfermo en una empresa curativa, es tan ilusoria como la de Inglaterra en la pendencia de Oriente, por aquello de *qui non est mecum, contra me est*; por consiguiente, el que quiera curarse, que ande listo y no pasterlee; y pues el HUMOR es á un tiempo efecto y causa de energía, procuremos cultivarle en salud, repitiendo con frecuencia, á todos los componentes de nuestro cuerpo, aquel célebre grito de ¡¡RADICALES, Á DEFENDERSE!!

II

Dispénsanos, buen lector, si en estas dos últimas semanas te hemos dejado en suspenso el tema que entre manos traíamos. Bien sabes que, á despecho del trajín de los exámenes, te escribimos los artículos II y III de la VIRTUD, el de la PERSEVERANCIA, y el I correspondiente al tema que proseguimos hoy; mas al llegar á este segundo, hallábamnos en los últimos días de aquella mortal faena, en mal hora olvidada por el Dante en el cuadro de tormentos de su Infierno, y que no en la eternidad, sino al fin de la cuarta semana, deja exahusto y enervado al profesor de más resistente cerebro. Porque, hijo, si no sabes lo que es examinar, no sabes en verdad lo que son penas; con decir que llega á ser muchísimo más duro, si no más

peligroso, que el ser examinado, que es cuanto hay que decir, está todo dicho, y los mismos discípulos lo reconocen.

Reflexiona que el examinar consiste en preguntar el maestro al discípulo, en lugar de lo que parece más natural, y es que el discípulo interrogue al maestro; porque el hecho es que Dios ideó el preguntar, al objeto de que el que ignora pregunte al que sabe, pero no para que el que sabe pregunte al que sabe poco, ó quizás, en muchos casos, nada. Esto, bien mirado con toda desprevención, causa el mismo efecto que ver á una nodriza empeñada en sacar leche de los pechos de la criatura á fuerza de chupárselos, ó que tú le preguntes á un amigo por las señas de tu casa, siendo así que, ó no las sabe, ó las sabe muy á la ligera, y aun comunicadas por tí. De donde resulta que el examinar, considerado tanto psicológica como fisiológicamente, constituye una inversión completa de las funciones en su orden espontáneo.

Reducida esta pena á una que otra vez al año, pásese; mas que esto se repita por espacio de todo un mes, á razón de cinco horas diarias..... *d'un si cattivo lavoro meglio è non ragionare*.

Consíentenos este irreprimible desahogo, á nombre de la higiene universitaria; y reanudando el hilo de nuestras higienísticas demasías, aunque suprimiendo la adoptada forma de preguntas y respuestas, porque nos daría la aprensión de que todavía duran los exámenes, pasemos á ocuparnos en la

Garbología

El GARBO es una cosa mucho más seria y trascendental de lo que generalmente se cree.

Llamamos GARBO (*donaire, gracia, don de gentes, traza, destreza, naturalidad*, etc., etc., según la forma) aquella manifestación de la energía que proporciona á nuestros actos la *perfección del éxito*, ó sea el logro simultáneo de la *utilidad propia* y la *simpatía ajena*.

Por donde se viene en conocimiento de que el garbo reconoce un fondo estético y artístico en la masa de la sangre del individuo, ó en otros términos, que el garbo es el buen gusto en acción.

Y vaya de ejemplo de *perfección del éxito* en la vida ordinaria, por obra del garbo.—Un caballero sale de un portal en altas horas de la noche, á la sazón que una señorita de la casa de enfrente está aguardando en su balcón la pasacalle del novio. Nuestro caballero, sintiendo el frío, se emboza en su capa española y echa á andar; pero

todo ello con tal garbo, que la susodicha niña, fijándose en él, queda pensando: «¿Quién será? ¿De dónde saldrá? ¡Qué buen aire lleva el diablo del hombre! ¡Tomara yo ese garbo para mi desgachado de Paco! Pero ¿qué le haremos? ¡No todas las gracias se pueden reunir!.....»

Total: una brecha abierta en un baluarte de amor por un hombre que, sin la menor idea de ser visto, sin más propósito que defenderse del frío, pero llevado por instinto á hacer las cosas bien, por hacerlas bien, había dejado por aquella calle de Dios un rastro de atractivo. He aquí un caso de éxito perfecto de los más triviales, y..... sin embargo, la menor sombra de garbo por parte de la señorita en dejar advertir, por la más leve crepitación de los vestidos, su presencia..... podía deshacer un casamiento. Otro se hubiera embozado envolviéndose con toda la prosa de un fardo, ateniéndose simplemente á guardarse del frío, mientras que nuestro caballero, de un solo golpe, remedió su frío y distrajo á la vecina del suyo. Esto es, pues, lo que llamamos la *perfección del éxito*, ó sea, el logro simultáneo de la utilidad propia y de la ajena simpatía.

Queda, pues, fuera de toda duda que el GARBO es una potencia de primer orden, y debe, por tanto, ser estudiado en su fondo y cultivado en su forma.

Sentimos no poder darte, asiduo lector, la etimología de la palabra GARBO. La Academia Española, queriendo sin duda convencer á la posteridad de que la lengua castellana fué inventada de un golpe por el Cid Campeador, ó creada de Real orden, deparónos un Diccionario pelado y mondo de todo vestigio de raíces, como remolacha ó rábano en ensalada, y aunque se asegura que en la venidera edición de su clásico libro aquel venerando Cuerpo dará muestra de haber recobrado el sentido filológico, es hoy por hoy de todo punto inútil toda indagatoria etimológica en el vocabulario sacramental de nuestra lengua.

Ninguna falta nos hace, sin embargo, en el presente caso tomarnos esa pena, toda vez que entre españoles de toda localidad y jerarquía garbo quiere decir garbo, *nemine discrepante*.

Considerado el GARBO científicamente (!!!) como manifestación de energía, comprende dos elementos, á saber: la *cantidad* del vigor y su *calidad*.

Por lo que dice á la *cantidad*, no es dable ser garbo-oso sin poseer un gran fondo de vitalidad. La prueba evidente de ello es que las naturalezas linfáticas son esencialmente *desgarbadas*, así como las personas más notables por su garbo lo pierden en los periodos de profunda

debilitación, como, por ejemplo, en las convalecencias, tras las hon-
das tribulaciones de espíritu, y en el período de aplanamiento senil.

En una palabra; el garbo es en la economía individual lo que el
buen gusto artístico en la economía social: su aparición constituye
el último signo de prosperidad; su desaparición el primer síntoma de
decadencia.

De donde podremos sin riesgo deducir: que el GARBO es la manifes-
tación estética, fascinadora, de nuestra vital energía, y que la exube-
rancia de ésta constituye una de sus esenciales condiciones.

Aquí conviene hacerse cargo de una ley descubierta por nosotros
y que damos á conocer gratuitamente, renunciando al privilegio de
invención, por el gran bien que puede hacer á cuantos por gusto ó
por obligación hacen público alarde de sus facultades.

He aquí la *ley del garbo*, ó ley del éxito perfecto en los actos de
lucimiento.

El garbo, en un acto dado, está en razón directa del excedente de
facultades que en nuestro interior queda como potencia de reserva.

Al ver á Leotard volar de un trapecio á otro con la misma natura-
lidad con que pudiera adelantar unos pasos para alargar la mano á
un amigo, ¿quién no admiraba en él, aparte de la gracia como gra-
cia, el cuantioso depósito de vigor, la enorme diferencia entre lo que
hacia y lo que podía hacer; el exceso de energía, en fin, considerado
como condición material de aquella misma gracia?

En cambio al ver aquel otro gimnasta que al ejecutar una do-
minación en el trapecio se pone más feo que el mal ladrón, y más
colorado que un Judas de retablo;—al ver aquel violoncelista que en
los pasos de más vigor y destreza se pone tal de desgrefñado, caripa-
tibulario, contraído de miembros y desatinado de expresión, que á
cada paso de arco parece que le dice el barrigudo instrumento «jin-
fame, te acordarás de mí!»—al ver aquel descendiente de Paganini,
que con rígido torticolis se balandrea asido á su violín como ahorcado
que brega por deshacerse el nudo que le aprieta el gatzate;—al ver
aquel bailarín que, en lugar de corresponder á la gatuna suavidad
de su encantadora pareja, empieza á dar vueltas y saltos á tanto la
docena, con una cara más quemada que si el empresario le adeudase
el mes, y unas brusquedades y arrebatos que antes que protestas de
amor ó de almibarada esperanza, más bien parecen aspavientos de pro-
saico marido convertido en telégrafo militar por no poder aguantar
el genio de su consorte;—al ver, en fin, á aquel orador que no sa-
biendo del asunto más que lo que estudió la víspera, y sin más dotes
oratorias que tener sano el bocado de Adán, trata de espantar á gritos

su propio miedo de que el público le vea tan vano de alma y tan vacío de sesos como en realidad se encuentra;—al ver, decimos, todos estos tipos y cien mil otros más, relativos á todas las formas posibles de ejecución en público, ¿quién no se da por completamente convencido de que el GARBO en todas sus variedades de gracia, naturalidad, destreza, tino, etc., etc., nacen de un exceso de energía, de poder, de facultades que á la hora de ejecutar conservamos en depósito, y que como al través de un pulverizador vamos soltando en vaporosa y aromática forma, constituyendo esta especie de hálito irremediable de nuestro exceso de poder toda la gracia y la simpatía de nuestros actos? ¡Ah! si esto se tuviese más presente, ¡cuántos fiascos no se hubieran podido evitar en cátedras y teatros, en circos y salones, en Ateneos y Parlamentos! ¡Cuántos, cuántos; pero cuántos!

Sí, lector, ya lo ves: por el concepto de la cantidad, cuando quieras asegurar tu éxito, tu garbo, ó no des más que el diez por ciento de lo que puedes, ó de lo contrario, procura adquirir un novecientos por ciento más de lo que te propones dar. Arréglate las cuentas como quieras; pero no pases de ahí. De lo contrario, desde el momento que te expongas á dar todo lo que puedes, te vas á poner más feo que un tenor que pretende dar el *do* de pecho, no teniendo más pecho que el preciso para dar el *do*.

Pero si es cierto que la *cantidad* de energía es uno de los elementos constitutivos del GARBO, no lo es menos que concurre á su producción otro elemento, que es la *calidad*.

Nada más fácil que probar este segundo extremo. Hay hombres, hay tribus, hay naciones, en fin, que formando en primera línea por su actividad, se hacen notables, sin embargo, por la más lastimosa ausencia de gracia. Tal individuo notablemente activo, enérgico como nadie, tiene, no obstante, tan poca gracia, que si anda parece un monigote automático; si habla, lo hace sin discreción; si obra, desatina; si quiere hacer un cumplimiento, le sale una impertinencia; si se pone á bailar, á la primera tentativa le rompe un volante á su vaporosa pareja; si va á darle satisfacción, entre sus labios se cambia en agravio, y para completar su mala sombra, enfada á sus amigos con la mejor intención, y hace, como suele decirse, el caldo gordo á sus enemigos, á pesar de odiarles cordialmente.

¿Y las naciones? ¿Dónde me dejas, lector, á la intrépida Inglaterra en tratándose de actividad desgarbada? Parémonos un momento en la cuestión de garbo internacional.

En primer lugar, haber visto la fiebre de actividad, la exhibición de energía de las calles de Londres, y seguir llamando á los ingleses

hemáticos es no tener sano el sentido. Pues, bien; esa grande energía es lo más torpe y desgachado que darse pueda. El inglés hace la suya y nada más; no deja en ninguna parte rastro de simpatía. En cambio, un andaluz, de camino que hace su agosto con todo el mundo, deja prendado, porque luce en todo tanto donaire, tan buenas caídas, tal espontaneidad y tan agraciado tino en el trato de las gentes que, sin darse cuenta, á fuerza de imprimir un carácter garboso, artístico, á sus actos, acierta á conciliar la utilidad propia con la ajena simpatía.

La relación entre un inglés y un andaluz está reducida á estos términos: el inglés, al tratar á un andaluz, queda fascinado; el andaluz, al ver la fascinación del inglés, entra en tentación de utilizarla. Para convencerse de la exactitud de esta relación no hay más que visitar las poblaciones del litoral de Andalucía, procurando no dejarse olvidadas en tierra las *observaderas*. En mayor ó menor escala le pasa al inglés en toda España, en Italia y en París, lo mismo que en Andalucía; en todos esos países, esencialmente GARBOSOS, resulta fascinado siempre, sin lograr nunca fascinar á nadie, y teniendo que saldar con su dinero la *diferencia de garbo*.

El garbo es, pues, una *cualidad* además de todo, y esa cualidad, que viene á reducirse al buen gusto aplicado indeliberadamente á los actos de la vida positiva, puede ser innato y puede ser adquirido. Del innato no hay para qué hablar; á quien Dios se lo dé, etc.; pero el adquirido ¿cómo se ha podido adquirir?—Del único modo directo que existe de adquirir el buen gusto en todas sus innumerables formas: no por libros, no por el entendimiento, sino por influencia, por un sentido moral electivo que todos, quien más quien menos, poseemos, y gracias al cual los buenos ejemplos se nos convierten en propia cualidad, de la misma suerte que, merced á los amistosos consejos del olfato y el gusto, las buenas tajadas se nos convierten de la mañana á la noche en substancia propia, sin necesidad de ningún prospecto que nos explique y recomiende sus propiedades. Sólo así el buen gusto se adquiere directamente; al entendimiento no le es dado descubrirlo más que por el indirecto camino de la crítica del mal gusto.

Y vamos á concluir, porque una de las cosas que debe esforzarse en evitar quien pretenda tener garbo es no caer pesado.

En definitiva:—Para aquellos lectores que no saben ver en los estudios higiénicos, más que temas meramente materiales ó fisiológicos, como por ejemplo, la relación entre la capacidad métrica de un dormitorio y el aire que los pulmones consumen por hora durante el

sueño, el tema de hoy no puede ser más impertinente; mas para aquellos otros que saben dar á las cuestiones de relación entre lo físico y lo moral, que desde un principio en estos artículos elucidamos, toda la magnitud y trascendencia que en si tienen, verán en el fondo de nuestra hilariente GARBOLÓGIA un mundo de interés higiénico.

En efecto: cultivar aquella manifestación de la propia energía que hace al individuo simpático, aquella manifestación que mantiene en el ánimo una constante tendencia á perseverar en la expansión, la confianza y el humor; aquella manifestación que, interesando á propios y extraños, seduce y estimula igualmente al médico á acometer con fe y constancia los más arduos tratamientos y que, en suma, convierte la existencia del agraciado en una prolongada carrera de aplausos; de amor y de exquisitas atenciones, es nada menos que ocuparse en fomentar uno de los elementos más influyentes en nuestra felicidad, y, por lo tanto, en nuestra salud, que es la condición primera y la última consecuencia de aquélla.

Aprovecha, pues, caro lector, este pequeño bosquejo del GARBO como forma de la energía vital; acompáñate con gentes que lo posean en alto grado, á fin de que bajo su influencia lo fomentes, si lo tienes, y si no, lo adquieras por transfusión; pues en uno y otro caso, día llegará en que te convenzas de que la resolución de la mayor parte de las dificultades prácticas de la vida queda reducida, —salvas la justificación y la honradez—¿á que dirías?—Á UNA CUESTIÓN DE GARBO.

III

Si por acaso fuiste, querido lector, de los que no acertaban á explicarse cómo nos las íbamos á componer para sacar partido de las tres cosas: *humor, garbo y salero*, con relación al cultivo de la propia energía, es de creer que á estas horas te habrás convencido, en vista de que ya vamos camino de un tercer artículo sobre ellas, sin salirnos nunca de lo pertinente, y aun buscando fórmulas abstractas y modos concisos que nos permitan expresarnos con el mayor laconismo. Y es que la higiene de las relaciones entre lo físico y lo moral constituye todavía un asunto tan nuevo, tan poco tratado, que por más que uno deje traslucir los puntos de esas relaciones antes de entrar de lleno á elucidarlas, no es fácil—lo comprendemos—preverlas en toda su claridad y trascendencia.

En el artículo sobre el HUMOR ya viste de cuán inmediata utilidad

era todo lo que en él expusimos, cuán cierto resultó ser el humor el aroma de la energía sana y benigna, y cuán cortos nos quedamos en la exposición; luego en el artículo sobre el GARBO pudiste observar la aparición de un elemento nuevo, del *sentido estético ó artístico*, revisitando el humor, asociándose á nuestros actos más prosáicos, y proporcionándonos gozo y estímulo por el reflejo de la ajena simpatía; y hoy, por fin, lo que vamos á ofrecer á tu reflexión, es decir, el SALERO, viene á ser otra cosa nueva, enteramente distinta de las otras dos, en determinado modo opuesta á ellas, y acerca de cuyo régimen, con lo poco que la estrechez de un artículo nos consiente indicar, puede que entreveas lo muchísimo que el tema permitiría decir en los holgados límites de una monografía.

Vamos, pues, á formular, con toda la seriedad del mundo y en forma dialogada (puesto que los dolores de examinar se nos disiparon ya) los elementos de la tercera de las *ciencias nuevas* que traemos entre manos, y que, por tratar de proyectiles ó cosas arrojadas, al igual de la *Balística*, denominaremos

Salerística

—¿Qué es *salero*?

—Una mala cosa.

—¿Y cómo siendo el *salero* una *mala cosa* constituye otra de las manifestaciones ó formas de la energía?

—Muy sencillo; de la misma suerte que el *prurito*, con ser un mal, constituye otra de las manifestaciones ó formas de la vida, y la prueba está en que á ningún muerto se le ha sorprendido jamás rascándose las narices, aunque se le llenen de moscas.

—Entonces déjate de *malas cosas*, y defíneme de un modo sustancial, especial y categórico qué cosa es *salero*.

—El SALERO, llamado por otros nombres *malicia, picardía, chispa, tilín, canela, chiste, guasa, sentido satírico, gracia erótica*, etc., etc., etcétera, según los fines, las formas y los lugares, es el maligno empleo del *garbo*, ora para deprimir la dignidad, ora para excitar la concupiscencia de nuestros semejantes.

—Verdaderamente esta definición es horripilante. Entonces, ¿qué diferencia existe entre la *actividad*, el *humor*, el *garbo* y el *salero*? A ver, dímelo de una vez clara y correctamente.

—Hela aquí: *Actividad* es la simple manifestación de la energía.

Humor es la manifestación placentera de la actividad, tenga ó no belleza de expresión.

Garbo es la expresión bella ó artística del humor.

Salero es, como llevo dicho, el maligno empleo del garbo.

Por manera que, siendo cada una de estas cuatro cosas la condición de existencia de la siguiente inmediata, resulta que al paso que están intimamente relacionadas, son esencialmente distintas. Así, es dado tener actividad sin humor, humor sin garbo, garbo sin salero, lo cual prueba que estas cosas son distintas, mientras que no es posible tener salero sin garbo, ni garbo sin humor, ni humor sin actividad, lo cual arguye sucesiva dependencia.

—Todo esto está muy claro; pero volvamos á lo de la *mala cosa*. ¿No puede el garbo en casos dados causar daño, y el salero á su vez ser inocente?

—No señor; el garbo es al salero lo que el *desnudo artístico* al *semi-desnudo erótico*; el primero delecta el sentimiento estético; el segundo excita la sensualidad, y á veces tanto más cuanto más artificialmente se encubre; así, todas las Venus griegas juntas no bastan á lograr de nuestra concupiscencia lo que la sola garganta del pie de una pícara manola, diseñada por un más pícaro dibujante.

—Pero ya que me citas la Grecia, olvidas la célebre *sal ática*.

—Es que aquello no fué *sal ni salero*, aquello fué puro garbo, purísima gracia artística. La prueba histórica está en que cuando la decadencia, necesitando los griegos en sus banquetes excitarse con algo que tuviese mucho *salero*, diéronse á contratar la flor de las mozas de Andalucía para flautistas-bailadoras ó *aulétrides*, las cuales con sus consabidos dichos y meneos (que, según se ve, los traen de muy lejos), ponían á los perdidos de los comensales, ya un tanto tocados de Baco, hechos una sopa en salmuera.

En fin; la prueba de que la *sal ática* nunca fué sal, sino gracia ó garbo, está en que no basta llamarla *sal*, sino que hay que especificarla, y claro es que se la especifica llamándola ática ó propia de helenos, precisamente por el *buen gusto*, por la ausencia de sensualismo, que la caracteriza.

—¿Y cómo se explica entonces esta lamentable confusión histórica en los términos?

—Muy fácilmente. Para ello basta reflexionar que en aquellos tiempos no se publicaba esta Revista, y que, por lo tanto, no había quien cuidara de aclarar estas y otras muchas cosas.

—Muy bien, muy bien; pues aunque esta apreciación no sea del todo exacta, siempre demuestra que tienes ley á la casa y entusiasmo por el periódico, y esto atenúa ante mis ojos, hasta cierto punto, cualquier disparate, en virtud de aquella máxima de cierto antiguo

Claustro, que á la hora de adjudicar una vacante, solia repetir: «Vale más un buen compañero, que un sabio.»

—¡Ve usted! ¡Ve usted! Ahora mismo está usted haciendo *salero*, es decir, perjudicando con *maligno garbo* la reputación de un montón de muertos, por tal de hacer gracia á unos cuantos vivientes.

—(¡Jesús, qué muchacho este, no le deja á uno respirar!) Pues bien; ya que tan rígido estás, que ni á mí mismo me perdonas, ¿crees tú que es necesaria la maligna intención para que el *garbo* influya en el prójimo como *salero*, es decir, ó perjudicándole ó moviéndole á pecar?

—Sí, señor, en redondo. Eso está en la naturaleza del *salero* mismo.

—¿Y no puede en modo alguno el puro *garbo*, ó gracia de una persona, inducir inocentemente á otra á tentación?

—Sí, señor; pero sólo en el caso en que ya la maligna disposición resida en la otra; mientras que en el caso del *salero*, la sal y la pimienta y todas las especias excitantes, residen en la primera, y se comunican al espectador ó al oyente por provocación ó influencia.

—Un ejemplo.

—Sea el caso de un aire fresco y puro y de otro pestilente. El primero puede poner malos á los sujetos ya *de suyo* enfermizos, mientras que el segundo introduce el mal en los sanos. Estos aires pestilentes son, por ejemplo, la sátira, el epigrama, ya difamador, ya erótico, la apostura y los dichos provocativos y hasta los golpes de pudor, de modestia y de caridad dados á tiempo, es decir, con *garbo* ó coquetería, para mejor lograr el maligno resultado.

—Pero algo habrá que cohoneste y haga aceptable el *salero* cuando en libros y en historias consta que lo lucieron aun las más santas personas.

—No hay tal, y usted dispense, y en este particular no prosigo si no me da usted su venia para que me despache á mi gusto, en conciencia, se entiende.

—Pues date por despachado.

—Repito, pues, con su permiso, que no hay tal. Así, Jesucristo no dijo un chiste en su vida, por más que muy *garboso* hubo de ser en su palabra, en su aire y en todo cuanto hizo, según logró cautivar hasta á sus mayores enemigos, y no siempre con humildades y dulzuras, sino también látigo en mano y á la carga, como lo hizo con los mercaderes en el templo. En los Evangelios tampoco hay ni un grano de *sal*, como no sea la del bautismo. Á partir de estas alturas, repare usted en la escala descendente que luego se nota desde

el beatísimo garbo de los Santos Padres, inclusa la sin par Teresa de Jesús; modelos todos de gracia, sublimidad de estilo y simpática conducta, es decir, de garbo, hasta aquellos ínfimos frailes y curas ignorantes é ignorados, tan dados á cuentos, epigramas y chascarrillos malignos, que, por más que referidos con afectada y retozona inocencia, no han de dejar de costarles ciento y un días de antesala de salvación en las zahurdas del purgatorio.

—Pero ¿cómo así te atreves con esos respetables sujetos, por más que sea muy verdadera la escala cromática de malignidad que acabas de señalar?

—Porque me siento fortalecido en la autoridad de algunos varones ejemplarísimos á quienes he tratado de cerca, los cuales, sin conocerse entre sí, hánse mostrado admirablemente acordes en su invencible aversión á la sátira, al chiste y á toda manifestación de *salero*, propiamente dicha, en la persuasión de que, por su naturaleza, resulta siempre en detrimento de tercera persona. Ello es que los dos capitales representantes del salero en literatura, á saber, la *sátira* y la *poesía erótica*, sólo aparecen al despuntar el período de decadencia de una civilización; y que, por otra parte, el salero, si bien se mira en su *repartición geográfica*, es patrimonio de los pueblos más concupiscentes y propensos á la malignidad por su temperamento á la vez que ardiente, atrabiliario, tanto que los nombres de *salero*, *sal*, *canela*, *chispa*, y todos cuantos atribuyen á la gracia en los dichos y las acciones un tanto de maldad, á guisa de *especia ó condimento*, son de origen meridional, concibiéndose muy bien en la humana flaqueza que coincidan á menudo en un pueblo el más artístico garbo y el más endemoniado salero. De todo lo cual resulta que el salero es una *mala cosa*, conforme lo defuimos y se debía demostrar.

—Complázcome, chico, en ver tus despachaderas, y admírome al pensar dónde y cómo habrás tú aprendido todas estas cosas, que por no estar escritas en ningún libro, requieren mucho mundo y muy certero juicio; y puesto que me parece que ya has vaciado sobre este particular asunto las alforjas de tu saber, vete á jugar un rato, que yo me quedo, para decirle aún á este caballero cuatro palabras.

Atiende, pues, ahora, resignado lector, pues vamos á ofrecerte, en breves palabras, el extracto higiénico de todo el precedente diálogo.

Mira: si no eres persona de *garbo*, nada tienes que hacer ni prevenir; mas si lo tienes, cuida muy mucho de que la malignidad no le haga degenerar en *salero*. En tu mano está el causar horribles estragos en la reputación y en la virtud ajenas, y esto, cuando se tiene más vanidad que conciencia, halaga mucho, es cierto. Considera, sin

embargo, que es punto menos que imposible dañar sin dañarse, y que una de las cosas que más envilecen el espíritu, intranquilizan la soledad, emponzoñan la propia sangre, rebajan el carácter, aislan del trato del mundo por la enajenación de su simpatía, y conducen, en fin, á todos los vicios que, como la embriaguez y otros, se engendran en la soledad..... es el abuso de la *sal* en el trato del mundo. Todas las lenguas temibles repara que á la larga lo pasan mal y acaban peor, y no es sólo porque la sociedad les tome ojeriza, sino por causa propia. La celebración de los primeros dichos y los primeros triunfos de graciosa malignidad sobreexcitan primero, luego desvanecen, más tarde envician..... hasta que, por fin, el retraimiento de los mismos que al principio te aplaudieron, te va dejando solo con tu lengua viperina y tu gesto petulante, y, quieras que no, veste obligado á volverte misántropo, ya que no se te consienta ser antropófago.

Ya ves cuán positivo es el valor higiénico de nuestra festiva SALESTÍSTICA; ahora tú obra como te dicte tu corazón.

Si nos preguntas si has de reprimir por completo tu natural salero, te juramos que nos pones en un potro. La malignidad, poca ó mucha, siempre será malignidad; como la pimienta, poca ó mucha, siempre es pimienta, y, no obstante, es muy cierto que un granito de pimienta alegra un guisado y hasta *cura* de triquinas y podredumbre un pedazo de jamón.

Así es que, puestos en el potro del buen consejo, no tenemos más salida que una profana distinción.

Si nos consultases como confesores, contestaríamos: *De salero libere te Dominus.*

Si nos consultas como médicos y redactores de esta Revista, no podemos menos de contestarte que, como no olvides el precepto *ne quid nimis*....., lo que es por un tantico de *sal*, haremos la vista gorda.

UN EPILOGO Y UN PRÓLOGO

Con el último artículo dimos, caro lector, fin y remate á la primera serie de los estudios que, según nuestro concepto *in integrum* de la Higiene y la consiguiente organización de nuestra Revista, constituyen su parte fundamental, y corresponden, por tanto, á su SECCIÓN DOGMÁTICA. Dedicada ésta á la Higiene de las *relaciones entre lo físico y lo moral*,—mientras no se nos agote tan nuevo como importante asunto,—llevamos ya en ella elucidadas gravísimas cuestiones relativas á la íntima relación práctica que entre la salud y la felicidad

existen, constituyendo la forma del positivo bien en la terrena vida, y aunque la materia es ardua de desenvolver y un tanto dura de digerir, tenemos el convencimiento de haber logrado aderezarla de manera que ha sido grata á todos los paladares y bien recibida por los más susceptibles estómagos.

En este sentido tenía mucha razón un suscriptor, íntimo amigo nuestro, al exclamar que *en estos artículos dogmáticos lo más serio era la broma*, queriendo significar que gracias á ella quedaba indeleble en el ánimo la verdad y la trascendencia del fondo, con lo cual—y sin rebajar en lo más mínimo la agudeza de nuestro compañero—no hacía más que variar la forma de los célebres dichos de Horacio y Torcuato Tasso.

Ahora bien: llegados á este punto, ¿qué es lo que llevamos hecho hasta hoy? ¿En qué vamos á ocuparnos mañana? He aquí el epílogo y el prólogo que forman el asunto del presente artículo.

El *concepto real de la vida* formó el tema del primero de los artículos de la pasada serie, por ser ese concepto el antecedente natural y forzoso de toda regla que para la conservación y defensa del organismo intente darse. De las severas definiciones y los animados cuadros de aquel artículo nació el segundo, intitulado: *La política conservadora..... del pellejo*, en el cual, dada una idea práctica del comercio de la vida, hicieron con éxito su primera aparición aquellos ya hoy famosos tipos de *D. Pándilo* y *D. Pancracio*, de tan buena sombra, dando pie con su palpitante ejemplo á pensar que la vida requiere como la paz su política, como la guerra su táctica.

Desde este punto el camino se nos bifurcaba, conduciéndonos de un lado hacia la *Higiene privada* de un hombre indeterminado, imaginario,—camino real de los higienistas de todos tiempos,—y de otro hacia la higiene de cada uno de los hombres reales en carne y hueso y en alma y almario. Por éste tomamos, sin miedo al matorral en que lo tenía convertido un secular abandono, y bajo el tema de *Higiene personal*, citados nuevamente los apreciables señores *D. Pándilo* y *D. Pancracio*, nos ilustraron tanto con sus ingenuas declaraciones, vimos tan claro que *la vida es el producto de la propia energía multiplicada por las fuerzas exteriores*, que nos decidimos á pasar, tratando de coger el rábano por el rábano, un escrupuloso *Balance del capital de un feto*; balance cuyo examen hizo que la mayor parte de nuestros lectores llorase por dentro el doble de lo que se rió por fuera, y pusiese luego sumo interés en la lectura de las *Consecuencias serias de jocosas premisas*, que fué, como recordarás, el tema del artículo inmediato al del fatídico *Balance*.